

□ Tiempo de lectura: 5 min.

En Genazzano, un pequeño pueblo del Lacio, desde hace más de cinco siglos se venera una extraordinaria imagen mariana: la Madonna del Buen Consejo. La imagen, llegada milagrosamente de Albania en 1467, es custodiada por los padres agustinos y se ha convertido en un símbolo universal de guía y discernimiento, hasta el punto de ser invocada en las Letanías Lauretanas. Santos, papas y millones de fieles han encontrado en ella consuelo y luz en las decisiones difíciles. También el papa León XIV, en su primera salida de Roma, quiso arrodillarse ante esta imagen, recordando que “así como la Madre nunca abandona a sus hijos, así nosotros no podemos abandonarla a Ella”.

En su primera salida fuera de Roma, el sábado 10 de mayo de 2025, dos días después de su elección, el papa León XIV eligió un destino sorprendente: el [Santuario de la Madre del Buen Consejo de Genazzano](#).

Genazzano es un pueblo medieval a los pies de los montes Prenestinos, a unos 45 km de la capital. Antaño feudo de la familia Colonna, custodia en una iglesia entre sus estrechas callejuelas un tesoro espiritual que atrae a peregrinos de todo el mundo.

El Papa acudió por la tarde, recordando las muchas veces que, como sacerdote y como cardenal, se había detenido a orar ante aquella imagen. “La presencia de la Virgen –dijo– es un gran don para el pueblo de Genazzano, pero también una responsabilidad: así como la Madre nunca abandona a sus hijos, vosotros debéis permanecer fieles a la Madre”. Una invitación que vale para toda la Iglesia.

Una leyenda que cruza el Adriático

Para entender la historia de esta imagen, hay que remontarse al siglo XV, en Albania.

En aquella época, ese país resistía heroicamente la invasión otomana, liderado por Giorgio Castriota Scanderbeg (1405-1468), famoso defensor de la cristiandad. Scanderbeg era devoto de una antigua imagen mariana venerada en Scutari, ciudad del norte del país. Con su ayuda, cuenta la tradición, logró en varias ocasiones repeler ejércitos mucho más numerosos.

A su muerte, en 1468, Scutari cayó bajo los turcos. Poco antes, sin embargo, ocurrió un hecho misterioso. Dos fieles, Giorgio y De Sclavis, soñaron con la Virgen que anunciaba su deseo de abandonar la ciudad antes de que la fe fuera sofocada allí. Según la leyenda, mientras los dos oraban ante la imagen, esta se desprendió de la pared, envuelta en una nube blanca, y se elevó al cielo dirigiéndose hacia el mar.

Los dos hombres la siguieron, sostenidos –así se narra– por manos angélicas, hasta llegar a la otra orilla del Adriático.

En Genazzano vivía mientras tanto Petruccia de' Nocera, una mujer piadosa perteneciente a la Tercera Orden agustiniana. La Virgen se le había aparecido pidiéndole que restaurara una pequeña iglesia dedicada precisamente a “Santa María del Buen Consejo”. A pesar de disponer de pocos recursos, Petruccia había iniciado las obras con fe inquebrantable.

El 25 de abril de 1467, fiesta de San Marcos, al atardecer, la población se reunió en las calles. De repente, las campanas de la iglesia aún en construcción comenzaron a sonar solas. Todos acudieron y vieron una pequeña nube blanca descender del cielo y posarse sobre el muro inacabado. Sobre ella apareció la imagen de la Virgen con el Niño: la misma venerada en Scutari.

Poco después llegaron también los dos soldados albaneses, que contaron haber seguido la imagen hasta allí. Desde ese día, Genazzano se convirtió en meta de peregrinaciones y lugar de milagros, documentados por notarios de la época, confirmados por enviados del papa Pablo II; estos fueron luego transcritos en un registro especial (el llamado Códice Bombacino). Entre el 27 de abril y el 14 de agosto de 1467 se anotaron 161 milagros.

Una imagen frágil y misteriosa

El fresco, visible aún hoy en la capilla lateral izquierda del santuario, es pequeño: 31 cm por 42,5 cm. Está pintado sobre una finísima capa de yeso, tan frágil que parece imposible que haya podido afrontar un viaje similar.

Un detalle llama la atención de los peregrinos: la imagen no se adhiere del todo al muro, sino que permanece suspendida a un dedo de distancia, sin soporte visible; no se apoya en un soporte sólido, sino que está como apoyada milagrosamente sobre un fino marco de estuco, muy ligero y frágil, que por sí solo no podría soportar el peso del fresco. Un misterio que desde hace siglos deja sin palabras a quien la contempla.

Después del prodigio, la capilla fue ampliada y transformada en el actual Santuario de la Madre del Buen Consejo, confiado a los agustinos. La devoción se difundió rápidamente, también entre los albaneses huidos de su patria. En 1682 el papa Inocencio XI proclamó a la Madonna del Buen Consejo patrona de Genazzano, y en 1753 Benedicto XIV insertó oficialmente la invocación *Mater Boni Consilii, ora pro nobis* en las Letanías Lauretanas.

El título “Madre del Buen Consejo” tiene raíces bíblicas: María es la mujer que custodia la Palabra, la sede de la Sabiduría, la guía hacia la voluntad de Dios. En la

Edad Media el “buen consejo” era considerado una virtud esencial para gobernar y vivir en paz. Invocar a María significaba pedir no solo protección, sino también luz para discernir en las decisiones cotidianas.

Aún hoy, en un mundo atravesado por incertidumbres, la Madonna del Buen Consejo es invocada por quienes buscan orientación: jóvenes en busca de vocación, familias en dificultad, pueblos en camino hacia la paz.

Papas y santos devotos

Muchos papas han tenido un vínculo especial con Genazzano. San Pío V, el papa del Rosario, se encomendó a ella. León XIII escribió una oración en su honor y quiso que fuera invocada en las Letanías. Juan XXIII visitó el santuario, Juan Pablo II la citó a menudo como consejera en momentos de crisis.

San Juan Bosco quiso ir a orar a los pies de la Madonna del Buen Consejo. Cuando vino a Roma en su primer viaje, en 1858, fue a celebrar la Santa Misa implorando asistencia materna sobre la naciente Congregación Salesiana. Cuenta Don Lemoyne: *“El Santo Padre, mientras tanto, había expresado el deseo de que Don Bosco asistiera en el Vaticano al devoto y magnífico espectáculo de todas las funciones de la Semana Santa. Luego había encargado a Mons. Borromeo que lo invitara en su nombre, y que le procurara un lugar desde donde pudiera con comodidad ser espectador de los sagrados ritos. Monseñor lo buscó por todas partes; pero el mensajero en todo el día no pudo encontrarlo, ya que él se encontraba en Genazzano”* (MB V,899).



Entre otros santos devotos de la Madonna del Buen Consejo encontramos también a San Alfonso María de Ligorio y San Pablo de la Cruz, San Gaspar del Búfalo, San Luis Orione, Santa Teresa de Calcuta. En el siglo XX, también el pensador brasileño Plinio Corrêa de Oliveira contó haber recibido de ella la gracia de una certeza interior sobre su propia misión en la Iglesia.

Muchos devotos refieren que la imagen, en algunos momentos, parece cambiar de expresión o tonalidad, como si dialogara con quien la mira. Una señal de su cercanía viva y materna, que convierte el santuario en un refugio para quien busca consuelo, fuerza o una palabra de luz.

La fiesta de la “Venida”

Cada 25 de abril Genazzano se llena de peregrinos para la fiesta de la “Venida”, que recuerda el día del milagro. Procesiones, celebraciones y momentos de fraternidad unen fe y tradición popular en la pequeña “Loreto” del Lacio.

El papa León XIV, ya como cardenal, había celebrado varias veces la Misa en esa ocasión. Volviendo ahora como Pontífice, quiso reiterar que la presencia de la Virgen no es solo un don para Genazzano, sino un mensaje para toda la Iglesia.

La historia de la Madonna del Buen Consejo de Genazzano une leyenda y documentos, milagros y devoción, fe popular y reconocimiento de la Iglesia. Es la historia de una imagen venida de lejos para decir que María está siempre cerca, sobre todo en los momentos más difíciles.

Su consejo es simple y decisivo: “Hagan lo que Él les diga” (Jn 2,5).

Y la Iglesia, desde Genazzano a todo el mundo, sigue orando con confianza:

“Madre del Buen Consejo, iruega por nosotros!”.